

LOS EXILIOS ESPAÑOLES. EL EXILIO DE ALTAMIRA

Ascensión H. de LEÓN PORTILLA

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *El gran exilio de 1492*. III. *Liberales y románticos: primeros exiliados de la España contemporánea*. IV. *El exilio de 1939*. V. *El exilio de Altamira: un exilio singular*. VI. *El le-gado americano de Rafael Altamira*

I. INTRODUCCIÓN

El estudio de los exilios es sin duda, una de las mayores preocupaciones para los humanistas del siglo XX. Quizá el poseer bastantes siglos de perspectiva histórica y el haber sido nuestro siglo época de frecuentes exilios nos ha hecho tan conscientes y preocupados ante tal fenómeno, que incluso hemos llegado a considerarlo como una experiencia consustancial al hombre. Así nos lo presenta José Luis Abellán en un reciente ensayo que lleva el título de "El exilio como categoría cultural: implicaciones filosóficas". En él, recoge una serie de reflexiones acerca de las implicaciones históricas y filosófico-antropológicas que el concepto de exilio entraña para el hombre del siglo XX, hombre atormentado, que en cierta manera, dice Abellán, se siente, "arrojado en el mundo, peregrino en la tierra, exiliado por naturaleza".¹

Tales reflexiones son verdaderamente valiosas para entender nuestra historia reciente. De mucho interés sería también el estudio del tema abordando una tipología diacrónica de los numerosos exilios que en el mundo han sido: los que han sufrido los pueblos que tienen que abandonar su tierra a veces empujados por otros pueblos, o por catástrofes naturales o por carencias profundas; otros, muy dramáticos, los que han experimentado algunos pueblos al ser deportados por los imperios. En la historia abundan los casos de múltiples tipos de exilio tanto en el Viejo mundo como en el Nuevo Mundo.

¹ José Luis Abellán, "El exilio como categoría cultural: Implicaciones filosóficas", *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, México, UNAM, 1987, núm. 1, vol. 1, p. 49.

Modernamente al hablar de exilio casi siempre pensamos en grupos de hombres, más o menos numerosos, que son perseguidos o saben que van a serlo por sus creencias religiosas, su ideología, por conservar sus rasgos culturales que les dan identidad o por impulsar un proceso de cambios; en una palabra por defender postulados considerados heterodoxos. Los ejemplos de esta clase de exilio son múltiples y los tenemos muy cerca si miramos la historia a partir del siglo XVI.

Dos consideraciones más podríamos añadir a este rico tema de los exilios. Una de ellas, que todos o casi todos están marcados por un sentimiento de dolor, aunque el empatriamiento en la nueva tierra conlleve en sí la recuperación de la libertad. Ejemplo de este sentimiento lo tenemos en varios escritores del exilio español de 1939: León Felipe lo ha calificado como el exilio del "Exodo y del llanto". Nuria Parés como una "angustiada, eterna romería" y Alfonso Vidal y Planas como una "larga carretera de cementerio".²

La otra consideración es que todo exilio tiene un significado histórico. Con el paso del tiempo los exilios adquieren una imagen, un rostro. Los hay grandiosos, míticos, los de aquellos pueblos que después llegan a ser imperios. Recordemos el de los fenicios con su reina Dido al frente, fundadores de Cartago; el de los troyanos, con Eneas, cuando dan vida a Roma; el de los mexicas, guiados por el sacerdote y dios Huitzilopochtli; el de los itzáes en Yucatán.

Los hay también místicos, los que realizaron aquellos que quisieron poner en práctica una utopía. Sirvan de ejemplo el de los puritanos, en Nueva Inglaterra; el de los franciscanos en el Nuevo Mundo. Y por último, tenemos los exilios protagonizados por los heterodoxos.

Estos exilios, a primera vista menos grandiosos que los míticos o místicos a menudo poseen el gran significado de haber sido portadores de un pluralismo de pensamiento, con el que nos han dejado un rico legado de humanismo. A este tipo de exilio pertenecen los exilios españoles modernos y contemporáneos. Dentro de ellos, el de 1939 ocupa un lugar especial, como veremos. Una de sus más relevantes figuras es precisamente la de Rafael Altamira. Para valorarla, para recordarla y aquilar su legado es por lo que estamos aquí reunidos.

Hechas estas breves consideraciones preliminares sobre el exilio en general, paso ya a ocuparme del tema de los exilios en la España moderna.

² Nuria Parés, *Colofón de Luz*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, p. 55; Alfonso Vidal y Planas, *Cirios en los rascacielos y otros poemas*, Tijuana, 1963.

II. EL GRAN EXILIO DE 1492

En una de las poesías de León Felipe, en las que se lamenta por la patria perdida, define los límites de España: "al norte con la pasión, al oeste con el orgullo, al este con el lago de los estoicos y al sur, dice, con una puerta inmensa que mira al mar y a un cielo de nuevas constelaciones. Por esta puerta, salí yo, y todos los españoles del éxodo y del llanto".³ Pues bien, el levante y el sur que habían sido puertas de entrada a España durante siglos, se abrieron en 1492 como puerta de salida. En ese año salieron de la península grupos de moros, judíos y cristianos, los pueblos que convivieron en la España medieval y que conformaron la España moderna.

Los que salieron, lo hicieron por motivos bien conocidos. En el caso de los moros y judíos su salida fue forzosa, determinada por un imperativo de conservar su religión, su visión del mundo. Con ellos se fue no solamente una parte importante de la riqueza económica sino también la cultural. España perdió dos de sus culturas que habían hecho posible un pluralismo de pensamiento. Uno de estos grupos, el de los moros o moriscos, fácilmente se empatrió y se asimiló a los pueblos islámicos de las orillas del Mediterráneo. El otro, el de los judíos, no tuvo igual destino. Con su recuerdo puesto en Sefarad, conservó su lengua y personalidad cultural en el mismo espacio geográfico en que se asentaron los moriscos. Especialmente las comunidades sefarditas asentadas en el Mediterráneo oriental guardaron su lengua, el español antiguo, llamado también judeo-español o ladino. Estas comunidades han personalizado uno de los exilios más largos de la historia. Con ellas nos ha llegado un testimonio viviente del pasado español de hace cinco siglos, plasmado en su lengua y en los rasgos culturales que toda lengua guarda consigo. Hoy día, los sefardistas que sobrevivieron a los trágicos aconteceres del siglo XX, están integrados plenamente en la nueva sociedad de Israel. Sin embargo, su legado, tan valioso desde una perspectiva académica y emotiva, quedará registrado en la historia para siempre.

El tercer grupo, el de los cristianos, se encaminó en otra dirección, al oeste, hacia las tierras recién encontradas, que pronto se conocerían con el nombre de Nuevo Mundo, América. Por la puerta sur salieron miles de gentes en búsqueda de nuevas tierras y riquezas que les pro-

³ El texto de León Felipe está tomado de la "Introducción", al primer tomo de *El exilio español de 1939*, obra dirigida por José Luis Abellán y publicada en Madrid en 1976.

curaran una real o supuesta felicidad con que pasar la vida. La mayoría se quedaron para siempre empatriados y enterrados en este nuevo continente. Entre ellos iban algunos muy cristianos, los que se sintieron llamados a difundir la fe entre los naturales y cuidar de que los españoles no se apartaran de ella. Misioneros, evangelizadores o como quiera llamárselos, contaban entre sus miembros con verdaderos humanistas. Su labor, alabada por los más y criticada por los menos, nos ha dejado una herencia, un legado: el de comprensión del hombre y de su cultura. Esta comprensión ha quedado plasmada, por una parte, en la tarea de rescate de las culturas indígenas, desde la perspectiva del humanismo del Renacimiento, raíz del moderno americanismo. Por otra, en la difusión, o si se quiere imposición del Evangelio aceptando ciertos valores y sentimientos religiosos de los naturales. Ello abrió la posibilidad de una nueva interpretación del cristianismo con variantes propias en cada una de las comunidades que han conservado sus lenguas y que son en sí microculturas dentro de los países americanos. Hoy día, al analizar esta nueva interpretación cabe la idea de hablar de una “teología de la indigenización” que acompañó a lo que se ha definido como Conquista espiritual.

Otros cristianos más abandonaron España en la época moderna. Me refiero al grupo de heterodoxos del XVI. Pocos en número pero muy significativos, salieron por el norte del país buscando una atmósfera liberal. Consagrados la mayoría de ellos a la enseñanza, encontraron acomodo en las universidades europeas, donde se ocuparon en dar a conocer la lengua y cultura españolas. Su labor, su legado es de gran importancia dentro de los exilios españoles como lo muestra el estudio que les dedicó un famoso humanista del XIX, Marcelino Menéndez y Pelayo.

Por último, y dentro de esta gama de exilios de los tiempos modernos, hay que destacar el de los jesuitas del siglo XVIII. Algunas de las características de este exilio han sido señaladas por Vicente Llorens en su libro sobre la emigración de 1939, tales como el carácter homogéneo de sus miembros, todos clérigos y demás, la mayoría, eruditos.

A estos rasgos cabe añadir el hecho de que por primera vez este exilio no afectó sólo a los “españoles peninsulares” sino a otros muchos que formaban parte de la comunidad hispanohablante, a los llamados “españoles americanos”. Al encontrarse en las ciudades italianas, los jesuitas de varios países de América, que hablaban una misma lengua y creían en una misma doctrina, pudieron establecer por una

parte, un intercambio de puntos de vista muy fructífero; por otra, la lejanía de su patria y el egocentrismo europeo actuaron como estímulos de introspección histórica que los llevaron a posturas de incipientes nacionalismos. Esta fue su herencia que hoy se valora más y más.

III. LIBERALES Y ROMÁNTICOS: PRIMEROS EXILIADOS DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

En 1954 aparecía en México, un libro del ya citado Vicente Llorens, que sigue siendo el estudio más completo sobre el tema. Titulado *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra*, este trabajo de Llorens nos ofrece una secuencia de los diferentes grupos que tuvieron que salir de España durante el atormentado siglo XIX: primero les tocó a los afrancesados, los que de grado o a la fuerza, colaboraron con los Bonaparte; después fueron los liberales doceañistas, los que con su pluma o con su simpatía, contribuyeron al triunfo de la Constitución de 1812; pocos años después, en 1823, una segunda tanda de liberales, frustradas sus esperanzas tras el breve trienio constitucional; más tarde, los carlistas y ya muy entrado el siglo, los progresistas. Como vemos toda una gama de españoles, la mayoría dedicados a la política y las letras. Entre ellos hubo figuras importantes como Leandro Fernández de Moratín, Juan Meléndez Valdés, Fernando Sor, Alvaro Flores Estrada, Francisco Martínez de la Rosa, José María Blanco White, José de Espronceda, Juan Álvarez Mendizábal y Francisco de Goya. La nota pintoresca la dieron el último inquisidor general, Ramón José de Arce, acusado de ateo y masón y el torero "Muselina" que vivió de una pensión como literato siendo que no sabía ni leer ni escribir.⁴ Para muchos el exilio fue corto, inclusive algunos volvieron como dirigentes políticos en la nueva etapa constitucional que se abrió a la muerte de Fernando VII. La mayoría de ellos se dedicaron a enseñar, a escribir, a difundir la cultura española principalmente en París y Londres.

En este grupo de exiliados hubo también figuras que tuvieron que ver con el mundo americano. Entre ellos Miguel José de Azanza, que fue virrey en la Nueva España; el mexicano José María Lanz, profesor de la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid y des-

⁴ Estas anécdotas las recoge Vicente Llorens en su estudio "Emigración en la España moderna", en José Luis Abellán, *El exilio español de 1939*, Madrid, 1976, vol. I.

tacado matemático en su exilio de París; el también mexicano Manuel Eduardo de Gorostiza, quien sirvió a su país como diplomático y el gaditano José Joaquín de Mora, que desempeñó funciones importantes en Argentina, Chile, Perú y Bolivia. También estaba un personaje importante para los estudiosos de la Historia de América, el cartógrafo y marino Felipe Bauzá, quien había sido colaborador del geógrafo Vicente Tofiño y acompañado de Alejandro Malaspina. Felipe Bauzá, al salir para Londres, llevó consigo una copia de la *Historia General de las cosas de Nueva España* de Sahagún, sacada del Códice Tolosano, conservado en la Academia de la historia de Madrid. En 1824, Bauzá dio a conocer tal hallazgo en un artículo anónimo publicado en uno de los periódicos que editaban los españoles en Londres, el titulado *Ocios de los españoles emigrados*.⁵ La noticia fue toque de atención sobre la obra sahagutina y propició la primera edición de la *Historia General* incluida en la magna obra del irlandés Sir Edward King, Lord Kingsborough, *Antiquities of Mexico*, 1829. Este hecho y la convivencia de liberales españoles con independentistas americanos —se habla de la amistad de José María Blanco White con fray Servando Teresa de Mier— confiere a este exilio una dimensión especial, internacional, lo mismo que la de los jesuitas del siglo anterior.

IV. EL EXILIO DE 1939

El último de los exilios españoles es también el más grande de todos ellos y sobre todo el más dramático. Los que salieron no sólo eran vencidos que habían perdido su espacio y su tiempo histórico. Muchos, habían perdido también uno o varios familiares en la guerra, que era tanto como perder una parte de sí mismos.

En los primeros meses de 1939 empezó el éxodo, la diáspora por Europa y América. Las etapas y el acontecer de esta diáspora son bien conocidas. José Luis Abellán, que ha estudiado el tema enumera las características históricas que la definen.⁶ Entre otras señala Abellán el alto número de exiliados, su calidad, su preparación, su lealtad a los valores republicanos; el gran número de intelectuales y el legado que han dejado, sobre todo en ciencia y poesía; su firmeza en cuanto a la conservación de las instituciones republicanas, su preocupación

⁵ Los detalles de esta noticia se pueden encontrar en Luis Nicolau D'olwer, *Fray Bernardino de Sahagún*, México, 1952, p. 182.

⁶ José Luis Abellán, *De la guerra civil al exilio republicano*, Madrid, Editorial Mezquita, 1983, pp. 104, 111.

por su propia historia y la huella que dejó en ellos el pensamiento de Ortega. El estudio de estos y otros rasgos es siempre un tema atractivo, abierto a muchas perspectivas que enriquecen el humanismo contemporáneo.

Francia fue el país receptor, en primera instancia. De los muchos que atravesaron la frontera, unos volvieron pronto a España; otros los que habían tenido un papel destacado, o bien permanecieron en aquel país, o buscaron acomodo en otros, principalmente en las repúblicas americanas. Entre quienes quedaron allí para siempre hay que recordar a Manuel Azaña, Antonio Machado y Francisco Largo Caballero. Otros más jóvenes pudieron regresar con honor y reconocimiento después de una larga espera como José Tarradellas, Jesús María de Leizaola y Federica Montseny. De todas formas en este país el exilio contó siempre con un núcleo nutrido de gran dinamismo. La mayoría de los miembros del exilio francés vivieron atentos a tareas de índole política y a labores universitarias.

Desde Francia unos cuantos saltaron a Inglaterra y se congregaron alrededor de las universidades de Londres, Oxford y Cambridge: Juan Negrín, Josep Trueta, Arturo Duperier, José de Castillejo, Luis Cernuda, Salvador de Madariaga. Fueron ellos como una llama viva de España y de los valores hispánicos en el ámbito anglosajón.

Rusia fue también un espacio propicio donde se acomodaron los militantes y simpatizantes del Partido Comunista. Entre ellos hubo de todo: algunos pronto murieron como José Díaz; otros pronto se desilusionaron del estalinismo y se exiliaron de nuevo como Jesús Hernández y Manuel Tagüeña; no faltaron los que persistieron en su fe y muchos años después volvieron a España como Dolores Ibárruri y Enrique Lister.

Junto con Francia, el otro gran escenario del exilio fue el continente americano, el anfitrión por excelencia de los exilios europeos de la Edad Moderna. En la década de 1930, los perseguidos de Europa encontraron en él refugio, seguridad y libertad. Hay un párrafo de Altamira escrito en 1917 en el que describe a América como un "mundo que trastornó con su aparición el eje de la historia y que cada día lo hará girar más hacia su oriente".⁷ Esta apreciación como si fuera una profecía, en la citada década y en la siguiente se hizo realidad. Un estudioso de la literatura en el exilio, Arturo Souto, señala también que la presencia del exilio hizo posible que una buena parte de

⁷ Rafael Altamira, *La huella de España en América*, Madrid, Editorial Reus, 1924, p. 30.

la cultura española se trasladara a este lado del Atlántico.⁸ En verdad casi todos los países del Nuevo Mundo recibieron en mayor o menor grado un aliento, una presencia de esta diáspora. Algunos débilmente como Perú, Ecuador, Panamá. Otros de "pasada" como Cuba y Santo Domingo. En este último país los exiliados fueron recibidos con un generoso abrazo que para algunos, que no salieron a tiempo, se convirtió en un abrazo opresor y hasta mortal, por obra desde luego del dictador Trujillo. Vicente Llorens nos ha dejado buenos testimonios de esta situación.⁹ Otra isla del Caribe, Puerto Rico, albergó a dos grandes personalidades, Juan Ramón Jiménez y Pablo Casals. Además en la Universidad de Río Piedras dejaron su palabra los grandes maestros del exilio, como José Gaos, Jorge Guillén y León Felipe.

Venezuela y Colombia se esforzaron por enriquecer sus cátedras universitarias en Caracas, Maracaibo y Bogotá. En ellas enseñaron Augusto y Carlos Pi Suñer, Juan David García Bacca y Manuel García Pelayo en Venezuela; Luis de Zulueta, José María Ots Capdequi y Pedro Urbano González de la Calle, en Colombia. El legado que dejaron, de renovación de la vida intelectual, de humanismo, de amor a España, lo podemos entender fácilmente si leemos el emotivo artículo de Gabriel García Márquez titulado "España, la nostalgia de la nostalgia".¹⁰

Si dirigimos la mirada al sur del continente encontramos dos ciudades también acogedoras: Santiago y Buenos Aires. En la primera Pablo Neruda preparó una atmósfera cálida, afectuosa, para recibir a los muchos viajeros del barco Winnipeg. En Buenos Aires, ciudad tradicionalmente receptiva a la inmigración, los exiliados rehicieron sus vidas y sus destinos. Unos, como Niceto Alcalá Zamora y Luis Jiménez de Asúa entregados a sus preocupaciones jurídicas; otros como Claudio Sánchez Albornoz, a su pasión por la historia; unos más a la creación literaria como Rafael Alberti, Alejandro Casona y Alfonso Rodríguez Castelao. No faltaron figuras destacadas en el campo de la ciencia, como Julio Rey Pastor y Pío del Río Hortega. El foco de Buenos Aires fue realmente selecto y en lo que se refiere a la Historia de España, único.

En América del Norte, los Estados Unidos recibieron un grupo de personalidades que eran ya famosas en España. Destaca Llorens que

⁸ Arturo Souto Alabarce, 'Letras' en *El exilio español en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 356.

⁹ Vicente Llorens, *op. cit.*, p. 152.

¹⁰ Publicado en la revista *Proceso*, México, 11-enero-1982.

el foco aglutinante fue la ciudad de Nueva York. Quizá porque allí, en la Universidad de Columbia, había funcionado desde años antes el Centro de Estudios Hispánicos fundado por Federico de Onís. Quizá porque esta ciudad ocupa una posición central entre tres universidades famosas donde laboraron algunos exiliados, cuales son las de Harvard, Yale y Princeton. El hecho es que la lista de los profesores universitarios en Estados Unidos cuenta con personalidades como Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Francisco Ayala, Juan Corominas, José Ferrater Mora, Ramón Sender, Jorge Guillén, Pedro Salinas y Severo Ochoa. Cuenta también con otros famosos, Victoria Kent y Julián Gorkin, ambos recientemente muertos. La huella de todos ellos es profunda en el campo del hispanismo, una huella que se continúa con los jóvenes como Juan Marichal y Carlos Blanco Aguinaga, entre otros.

De todos los países de América, México ocupa un lugar especial en el contexto del exilio. Este lugar no se debe tanto a la cantidad, puesto que hubo países como Francia en donde permaneció un mayor número de españoles, sino a otras razones. En primer lugar, a la acogida excepcional que el gobierno de México dio a los exiliados, acogida que se manifestó ya en Francia. Precisamente fue en suelo francés donde muchos de los que huían encontraron refugio en albergues con bandera mexicana. Esta acogida no se debió solamente al asilo que tradicionalmente México ha mostrado con los perseguidos; hubo en ella una fuerza mayor, debida a una simpatía especial, a una coincidencia de postulados y metas de los gobiernos de Lázaro Cárdenas y Manuel Azaña. En este contexto podemos entender cómo muchos profesores españoles encontraron sitio con relativa facilidad en los mejores centros culturales del país —Universidad Nacional, Instituto Politécnico, Escuela de Antropología, Normal Superior, Universidades de Guadalajara, Monterrey, etcétera—. Incluso se les dio la oportunidad de ser cofundadores de un nuevo centro de enseñanza e investigación, la Casa de España, hoy Colegio de México.

En segundo lugar, a México llegó una variadísima representación de la sociedad española, desde soldados rasos y gente muy modesta, hasta primeras figuras. No en balde fue aquí donde se recreó el gobierno republicano en el exilio. En realidad llegó como un minipáis y muy pronto se reconstruyó en pequeño la sociedad española.¹¹

¹¹ Ascensión H. de León-Portilla, "El primer año del exilio español en México", *Historia 16*, Madrid, 1984, n. 94.

Una razón más que singulariza al exilio español en México fue su entronque, su vertebración en el ámbito académico. Es verdad que los exiliados llegaron en un momento óptimo para que tal cosa sucediera ya que precisamente en esos años crecían y prosperaban las instituciones de enseñanza e investigación. Pero además hubo una disposición de ánimo muy propiciatoria. En palabras de Cosío Villegas, "los maestros españoles supieron acercarse a sus colegas mexicanos y entenderse con ellos".¹² Este hecho facilitó una labor común, un momento de expansión y de brillo en la docencia y la investigación, un enriquecimiento en la comprensión de hombres y culturas.

Por último y una cuarta característica especial sería la permanente preocupación por el exilio, el sentirse parte de un espacio y tiempo españoles desde luego dentro de su empatriamiento mexicano. Esta permanentemente y prolongada preocupación por el exilio, compartida en muchos casos por los hijos y estimulada por varias causas que aquí es imposible analizar, supone al fin una continuidad para la historia de España. Han sido ellos como un puente, los hilos conductores del *continuum* de un pensamiento pluralista que siempre existió en España, que se fortaleció y que se quebró en 1939 y que se restauró en 1975. Altamira, por su larga vida y por su quehacer intelectual, fue uno de los más destacados protagonistas de este pensamiento que hoy tanto valoramos.

V. EL EXILIO DE ALTAMIRA: UN EXILIO SINGULAR

El hecho de que Altamira fuera una figura de gran relieve fue factor decisivo de que su salida de España y su llegada a México revistieran características especiales. Es claro que gracias a su inminidad como miembro de un organismo internacional, la Junta de Burgos le concedió pronto permiso para abandonar la zona rebelde; pero también es cierto que por ser quien era tenía que permanecer en Europa, atendiendo a sus tareas en la Corte de La Haya. Durante cuatro años, de 1936 a 1940. Altamira se incorporó a sus labores en la capital holandesa y no sufrió los rigores y traumas que soportaron la mayoría de los que salieron. Pero en 1940, cuando ya muchos estaban a salvo en los países de América, Altamira tuvo que sufrir la invasión de los alemanes y huir a Bayona. Allí pasó cuatro años de espera, viviendo en incertidumbre, angustia y hasta peligro físico.

¹² Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, p. 75-76.

Por fin, en 1944 y gracias a las gestiones de sus discípulos, de amigos argentinos y mexicanos y de la Institución Carnegie, Altamira pudo dejar Bayona. De nuevo atravesó territorio español y en Lisboa vivió unos meses, tiempo que aprovechó para tomar contacto con colegas portugueses y hasta para publicar un libro. De Lisboa se embarca a Nueva York y en noviembre de 1945 es recibido en la ciudad de México por el filósofo Samuel Ramos. Si recapitulamos, veremos que la venida a México, que para muchos españoles fue un proceso corto, para Altamira se convirtió en una odisea de cinco años, una especie de inter-exilio largo, difícil, duro. Para un historiador como él, tan preocupado por los sentimientos y las reacciones de los hombres, por el significado de la psicología humana en el desarrollo del acontecer histórico, una experiencia de este carácter, aunque enriquecedora, fue también motivo de amargura y desesperanza. Algunos de los documentos de estos años así lo dejan ver, en especial el titulado *Confesiones de un vencido*.¹³ En ellos habla del sentimiento de pesimismo, de la tristeza ante la pérdida de la confianza en ciertos valores del hombre; por fortuna su estancia en Lisboa significó una progresiva recuperación del optimismo que siempre había sentido.

Su llegada a México fue el principio de un exilio estable y podríamos decir vivificador; con él se abría la última etapa de su vida que duró casi seis años, hasta 1951. Pocos como él tuvieron una acogida tan cálida, tan efusiva, tan plena de lealtad y cariño; una acogida que en cierta manera compensaba la lejanía de la tierra y la condición de vencido.

Uno de sus biógrafos Javier Malagón, ha reconstruido en forma detallada y emotiva los últimos años de Altamira.¹⁴ Se instaló en los apartamentos Washington, en la plaza de Dinamarca, cerca de otros refugiados entre ellos la familia Somolinos y el general Hernández Sarabia. Trabajaba como lo había hecho toda su vida, la mayor parte del día dedicado a la investigación, a la redacción de libros y artículos en revistas y periódicos. Las últimas horas de la tarde eran para los amigos, españoles, mexicanos y forasteros, para los compañeros del exilio. Supo hacer de su casa un micromundo en el cual, a través de la conversación, se recreaba la vida y la historia de un grupo de hom-

¹³ Rafael Altamira, 1866-1951, Alicante, Instituto de Estudios "Juan Gil Albert", 1987, p. 223 y 233.

¹⁴ El texto de Malagón titulado "Altamira en México. Recuerdos de un discípulo" fue presentado en el homenaje que en febrero de 1987 se le rindió a don Rafael en Alicante.

bres que había perdido un espacio y un tiempo, pero podían seguir dialogando eternamente acerca de muchas cosas fundamentales para todo ser humano.

Esta rica vida interior de investigación e intercambio humano se completó, se redondeó con sus labores docentes. La Universidad Nacional y El Colegio de México le invitaron desde el primer momento, a formar parte de su profesorado. Cuando en 1910, Altamira recibió el doctorado *honoris causa* en ocasión de la recreación de la Universidad Nacional, probablemente nunca pensó que al final de sus días ejercería plenamente sus funciones en este centro de estudios. Quizá tampoco intuyó que sería maestro del Centro de Estudios Históricos del Colegio de México y que allí sería colega de su antiguo discípulo, Silvio Zavala. En ambas instituciones académicas don Rafael vino a reforzar con su prestigio el ya prestigiado grupo de profesores españoles. Su labor en ellas será precisamente objeto de análisis en estas mesas redondas por parte de sus discípulos tales como Zavala, Malagón y Ortega y Medina.

Este exiliado singular tuvo también singular reconocimiento. La Universidad, El Colegio de México, la Academia Mexicana, el Ateneo Español de México y muchas otras instituciones de alto nivel académico cuyos nombres sería cansado enumerar le ofrecieron homenajes y sesiones especiales. Al final de sus días, don Rafael tuvo la satisfacción de ver cómo varios organismos de toda América lo postulaban para candidato al Premio Nobel de la Paz. Nosotros, el mejor reconocimiento que podemos ofrecerle es leer su obra y valorar el legado que contiene. Un legado rico que brevemente trataré de exponer.

VI. EL LEGADO AMERICANO DE RAFAEL ALTAMIRA

Los años mexicanos de Altamira constituyen una síntesis, una recapitulación de los esfuerzos y actividades que le acompañaron siempre. Su vida fue larga, sus quehaceres múltiples, cada vez más definidos hacia la historia y el derecho. En realidad, desde muy joven, Altamira mostró muchos intereses y fue un investigador no sólo fecundo sino también precoz. Si miramos alguna de sus bibliografías enseguida nos percatamos de la existencia en ellas de etapas bien definidas. Encuentraremos una etapa juvenil de deslumbramiento ante varias disciplinas humanísticas. Es su primera etapa madrileña, de posgrado en la Universidad, de contacto con la Institución Libre de Enseñanza, con los maestros del momento, sobre todo con Francisco Giner de los

Ríos, Marcelino Menéndez y Pelayo y Nicolás Salmerón. Un paso más, y en su temprana madurez lo encontramos ya de catedrático en Oviedo, concentrado en el estudio de la historia y el derecho. Son sus años en los que escribe la obra que lo haría famoso, la *Historia de España y de la civilización española*, 1900-1911. Son también los años que marcan una generación, la del 98. Altamira también se sintió afectado por los acontecimientos de esta fecha y tomó conciencia, como sus contemporáneos, de que se hacia necesaria una profunda introspección histórica, un análisis crítico del pasado y del presente español. A diferencia de sus colegas del 98 que volvieron sus ojos hacia el interior de España y se plantearon el ser de su patria alrededor del dilema entre castecismo y europeísmo, Altamira volvió sus ojos a América, al continente que compartía una cultura con España y que tenía cada vez mayor protagonismo en el presente universal. Pronto se perfiló como el americanista de la generación del 98 y en 1909 fue la figura elegida por el grupo de intelectuales de la Universidad de Oviedo para emprender un viaje de acercamiento y buena voluntad a las repúblicas americanas. El viaje resultó un éxito: Altamira palpó la naturaleza, el presente del Nuevo Mundo, el sentir de sus gentes, las filias y fobias, comprensiones e incomprensiones, lo que acerca y separa a los pueblos de habla española. A su regreso a España se consagró a impulsar las instituciones y los programas de estudio de la historia de América, a través de nuevas cátedras, seminarios, conferencias. Fruto de estos años de intensa labor americanística es su libro, *La huella de España en América*, en el cual se plantea la necesidad de ahondar, conocer, interpretar y sobre todo comprender para que pueda haber diálogo entre las naciones, para quitar "barreras de incomprensión".¹⁵

Esta preocupación de Altamira por el americanismo le acompañó siempre: en sus años de labores en La Haya, en su penoso inter-exilio, en sus días de transterrado en México. En esta época precisamente tuvo ánimo y lucidez para escribir artículos y publicar libros que se cuentan entre sus más logrados trabajos. En ellos se recrea en nuevos planteamientos sobre el derecho de Indias, la psicología española y su reflejo en la historia, sobre el significado de la historia universal a través de la historiografía, dentro de una perspectiva de comprensión de hombres y cultura. Aquí, en la ciudad de México, Altamira culminó sus tareas humanísticas, siempre dentro de un optimismo orientado a resaltar lo mejor del quehacer humano y de esta

¹⁵ Rafael Altamira, *La huella de España en América*, Madrid, 1924, p. 15.

forma ayudar a diseñar un futuro más prometedor. Por eso resulta muy atinado que nos hayamos reunido ahora, en esta misma ciudad, para analizar y valorar lo que fue la fecunda aportación de don Rafael Altamira.